

antes del almuerzo vamos á la caballeriza. Debemos una visita á la yegua, á esa querida yegua que me salvó.

— Es verdad, ¡caramba! — concordó Barrolo. — Debemos visitar la yegua; ¡grande y briosa, eh! Pero apuesto que quedó más sudada que las mías. Trotando desde Oliveira acá y ni un pelo mojado.

En la caballeriza acariciaron á la yegua. Barrolo mandó que se le diese una ración abundante de cebada. Después, para dar tiempo á que Graciña se calmase, el hidalgo arrastró á Barrolo hacia el pomar y la huerta.

— Tú no vienes á la Torre hace cerca de seis meses, Barroliño. Necesitas ver y admirar grandes progresos. Anda ahora trabajando por aquí Pereira el de la Riosa.

— Grande hombre el Pereira. ¡Pero tengo un hambre, Gonzaliño!

— También yo.

Daba la una cuando entraran en el comedor, donde la mesa esperaba florida, y Graciña recorría pensativa la vieja *Gaceta de Oporto*. A pesar de que estaba ya calmada, sus ojos conservaban algún ardor, y para justificarse lastimóse de padecer jaqueca. Eran las emociones, el peligro de Gonzalo.

— También yo tengo dolor de cabeza — declaró Barrolo rondando la mesa. — Pero el mío es de hambre: estoy desde las siete de la mañana

con una taza de café y un huevo pasado por agua.

Gonzalo repicó la campanilla á tiempo que por la puerta vidriera entraba Joaquín despavorido, de vuelta ya de Graiña.

Gonzalo preguntó interesado:

— ¿Qué hay?

— Pues allí estuve, mi señor — exclamó Joaquín. — Ya todo el mundo lo sabe; va para allá mucha gente. Una rapacina de los Bravaes viólo todo desde dentro del casal. Después díjose en todas partes. El viejo, el tal Domingues, que mora en la casa, marchó con el hijo. El rapaz, á lo que dicen, poco herido. Si cayó sin sentido fué con el susto. El Ernesto de Nacejas, ése sí; ése tiene bastante. ¡Santo nombre de Dios! Lleváronlo para casa de un compadre que vive al pie, en la Arribada. Parece que queda sin oreja. Por aquellos sitios era el ¡ay, Jesús! de las mozas. Luego lo llevarán al hospital de Villa-Clara, porque en casa del compadre no pueden curarlo. Todos dan la razón al hidalgo. El tal Domingues era un pillete, y á Ernesto nadie lo podía tragar; pero le tenían miedo. El hidalgo hizo una limpieza.

Gonzalo resplandecía. Parecióle bien que no pasase daño más fuerte que la atañente á la belleza del don Juan de Nacejas.

— ¿Y entonces el pueblo anda hablando y mirando el sitio?

— Sí, anda mirando la sangre y las piedras; y

ahora hasta cuentan que fué una asechanza y que le descerrajaron tres tiros al hidalgo, y que más tarde, en el pinar, le asaltaron tres hombres enmascarados, á quienes mi señor apaleó.

— Es la leyenda que se forma — declaró Gonzalo.

Benito apareció con una fuente humeante. El hidalgo mandó que Rosa abriese para el almuerzo de la familia dos botellas de Oporto viejo. Después murmuró gravemente: «Pensemos un momento en Dios, que me sacó hoy de un gran peligro.»

Barrolo inclinó la cabeza reverente. Graciña, después de un breve suspiro, musitó una leve oración.

Desdoblaban las servilletas; Gonzalo se deshacía en ponderaciones loando la pescada á la española, cuando el pequeño de Crispulo empujó la puerta vidriera «con un telegrama que venía de la villa». Una inquietud detuvo los tenedores. ¡La mañana corriera con tantas agitaciones y espantos! Pero ya una sonrisa de gusto y de triunfo se esparciera por la faz fina de Gonzalo.

— No es nada; es de Castañeiro, por causa de los capítulos de la novela que yo le mandé.

Y recostado en la butaca recitó vagarosamente el telegrama: «Capítulos novela recibidos. Lectura hecha á amigos, entusiasmo. Verdadera obra prima. Abrázole.»

Barrolo, con la boca llena, batió las palmas, y

Gonzalo, sin reparar en la fuente de merluza que Benito le presentara, llenara la copa de vino verde con un vago temblor y una sonrisa dichosa.

A pesar de las insistencias de Graciña y de Barrolo, Gonzalo no los acompañó á Oliveira. Quería terminar esa semana el último capítulo de la novela y las visitas á los electores influyentes del distrito, rematando así la obra de arte y la obra de la política.

Esa noche retomó el manuscrito de la novela y al margen puso una nota: *Hoy en la feligresía de Graiña tuve una batalla terrible con dos hombres que me asaltaron y á quienes castigué severamente.* . . Después siguió la novela en el momento en que Tructesindo Mendes Ramires penetraba en el campamento de D. Pedro de Castro.

Con grave amistad acogió el viejo hombre de guerra á aquel su primo de Portugal. Después, en la vasta tienda reluciente de armas, tapizada de pieles de león y de oso, Tructesindo contaba la muerte de su hijo Lorenzo, herido en la lid de Santa-Piedra y apuñaleado por el Bastardo frente á los muros de Santa Ireneia. Indignóse el viejo Castro; por vida de Cristo, que en sesenta años de armas y de asechanzas nunca supiera de hecho más vil; y agarrando la mano del señor de Santa Ireneia, le ofreció su hueste entera.

— ¡Hermosa hueste!, ¡por Santa María! — gritó Mendo de Briteiros, con las barbas rojas flameando de placer.

Mas D. García Viegas, entendía que para coger el Bastardo vivo, servirían mejor unos cuantos caballeros con algunos hombres de á pie.

— ¿Por qué, D. García?

— Porque el Bastardo, después de aligerarse de gente, correría á acogerse á la hueste real. Esa noche seguramente paraba en el solar de Landim, y con el lucir del alba galoparía por el viejo camino de Miradaes, que trepa las lomas del Caramulo. El, García Viegas, conocía un poco mas allá del Pozo de la Olvidada cierto paso donde, con algunos ballesteros bien apostados, cazarían á Lopo de Bayao.

Tructesindo, incierto y pensativo, metía los dedos por los hilos de la barba. El viejo Castro dudaba, prefiriendo que se diese batalla en campo bien liso, bien llano. Entonces García Viegas explicó á sus primos de España y de Portugal. Del castillo de Landim marchará al amanecer el Bastardo. Por ahí, cuando la luna naciese, irían ellos con veinte caballeros de los Ramires y de los Castros.

— Famosa traza — murmuró Tructesindo convencido.

— ¡Vida de Cristo! — gritó D. Pedro de Castro —, que si mi tío abuelo Gutierrez hubiera tenido por caudillo aquí al señor don García, no se le hubiesen escapado los de Lara cuando llevaban cautivo al rey á San Esteban de Gormaz.

A caballo, pues, primo y amigo, apenas repunte la luna.

Recogiéranse á las tiendas. Ya en las hogueras se doraban los cabritos de la cena, y los siervos carretaban los pesados odres de vino de Tordesillas.

Con la cena en el campamento, grave y sin ruido porque el luto velaba los corazones, Gonzalo terminó en esa noche el capítulo IV poniendo al margen otra nota: *Media noche, día completo: batallé y trabajé*, y después en su cuarto, mientras se desnudaba, trazó todo el alboroto con que el Bastardo caía cautivo á la merced vengadora de los de Santa Ireneia. Pero de mañana, antes del almuerzo, recibió dos telegramas que lo desviarán de la correría contra el Bastardo. Eran de Oliveira: el uno del barón de las Marges, y otro del capitán Mendoza, con enhorabuenas al hidalgo «por haber escapado de tan terrible asechanza destrozando á los de Nacejas». El barón de las Marges añadía: «¡Bravísimo, de héroe!»

Gonzalo, enternecido, mostró los telegramas á Benito. La nueva de la hazaña esparciérase ya por Oliveira.

— Fué el Sr. D. José Barrolo quien lo contó — dijo Benito —; ya verá el señor doctor, hasta en Oporto se van á asombrar.

Al medio día rompió por el corredor el inmenso *Titó*, acompañado de Juan Gouveia, que llegara

la víspera á la tarde de la costa, supiera la aventura en el Casino y corría como amigo á la Torre antes de comparecer como autoridad para el auto. Entonces Gonzalo, en brazos de Gouveia, pidió generosamente «que no se procediese contra los bandidos». El administrador protestó secamente, proclamando el principio del orden y la necesidad de un escarmiento para que Portugal no retrocediese á los tiempos bárbaros de Juan Brandao de Midoes. El y *Titó* almorzaron en la Torre, y *Titó* de sobremesa recordó la conveniencia de un brindis, y bramó él el suyo comparando á Gonzalo con el elefante «siempre bueno, que todo lo aguanta y que de repente, *zás*, revienta al mundo». Después Juan Gouveia, encendiendo un cigarro, reclamó la representación verídica de la batalla, con gritos y todo, para compenetrarse bien como autoridad. Entonces Gonzalo contó de nuevo la historia heroica, simulando con un bastón sobre el diván, que terminó por desgarrar, los golpes con que arremetiera al de Nacejas. El administrador y *Titó* visitaron en la caballeriza la yegua histórica, y en el patio Gonzalo les mostró dos polainas de cuero secando al sol, lavadas de la sangre que las salpicara.

Delante del portón, Juan Gouveia batió gravemente en el hombro del hidalgo:

— Gonzalo, usted debe ir esta noche al Casino.

Fué y se le acogió como el vencedor de una batalla. En el billar, el comendador Barrios se obstinaba en que el domingo se celebrase en San Francisco un *Te-Deum* de gracias que él costearía con orgullo, ¡caramba! A la salida, acompañado por *Titó*, por Gouveia, por Manuel Duarte y por otros socios encontraran á Videiriña, que no pertenecía al Casino, pero que lo rondaba esperando al hidalgo para lanzarle dos trovas del *Fado* improvisadas aquella tarde, y en que lo exaltaba por cima de los otros Ramires de la historia y de la leyenda.

Paráronse en el Crucero, y la bandurria gimió:

Los Ramires de otras eras  
Vencían con grandes lanzas:  
Este vence con un palo;  
Ved cuán extrañas mudanzas.  
Es que los nobles Ramires  
De la otra generación  
Tenían la fuerza en las armas,  
Y aqueste en el corazón.

A tan requebrado concepto los amigos rompieran en vivas á Gonzalo y á la casa de Ramires. Recogiéndose á la Torre pensaba el hidalgo conmovido:

— Es curioso: á esta gente parece que le agrada mi modo de ser.

¡Qué emoción cuando de mañana Benito lo despertó con un telegrama de Lisboa! Era de Cavalleiro, que «supiera por los periódicos atenta-

do, le mandaba entusiástico abrazo por la felicidad y por la valentía».

— ¡Caramba! ¿En Lisboa los periódicos hablan ya, Benito? El caso anda celebrado.

¡Muy celebrado!; porque, durante el día, el mozo del Telégrafo, arrastrando su pierna anquilosada, no cesó de empujar el portón de la Torre con otros telegramas, todos de Lisboa, de la condesa de Chellas, de Duarte Lourençal, de los marqueses de Coja *felicitando*; de la tía Louredo con «enhorabuena al temible sobrino»; de la marquesa de Esposende «esperando que el caro primo haya dado gracias á Dios». El último era de Castañeiro con exclamaciones: ¡Magnífico! ¡Digno de Tructesindo! Gonzalo por la librería preguntábase qué habrían dicho los periódicos.

Acudían también los influyentes de los alrededores; el doctor Alejandrino; aterrado, entreviendo un regreso al *Cabralismo*; el viejo Pacheco Valladares de Sá, que no se espantara de su noble primo porque sangre de Ramires, como sangre de Sás, siempre hierve; el padre Vicente de la Finta, que con sus enhorabuena traía un cesto de uvas de moscatel, y, por fin, el vizconde de Río Manso sollozó casi ufano de que la batalla se hubiera dado en la carretera, cuando «el querido amigo, D. Gonzalo», se encaminaba hacia la *Varandiña*. Gonzalo abrazaba á todos recontando pacientemente la hazaña y acompañaba

hasta el portón á aquellos caballeros, que al montar en las yeguas ó al entrar en los coches sonreían mirando la vieja Torre destacándose en la dulce claridad de la tarde de Septiembre, como saludando, á la vez que al héroe, al secular fundamento de su heroísmo.

El hidalgo, subiendo hacia la librería, murmuraba: ¿qué habrán dicho los periódicos de Lisboa?

Ni durmió con la ansiedad de devorarlos. Cuando Benito, alborozado, entró con el correo, Gonzalo saltó de la cama y ansiosamente recorrió *El Siglo*, encontrando el telegrama de Oliveira donde daba cuenta de los tiros disparados y del inmenso valor del hidalgo de la Torre. Benito casi le arrebató *El Siglo* de las manos trémulas para ir á darle á Rosa la noticia.

De tarde corrió Gonzalo á Villa-Clara, al Casino, para devorar los otros periódicos de Lisboa. Todos contaban la hazaña, todos la celebraban. *La Gaceta de Oporto*, atribuyendo el atentado á la política, ultrajaba furiosamente al Gobierno. *El Liberal Portuense* relacionaba «con ciertas venganzas de los republicanos de Oliveira el pavoroso atentado que casi causara la muerte de uno de los mayores hidalgos de Portugal y de España, y de uno de los más poderosos talentos de esta generación». Los periódicos de Lisboa glorificaban sobre todo «la magnífica bravura del Sr. Gonzalo Ramires». El más ardiente era *La Mañana*, en un verboso artículo (seguramente es-

crita por Castañeiro) recordando las heroicas tradiciones de la casa ilustre, esbozando las bellezas del castillo de Santa Ireneia, y terminando por afirmar que «ahora se esperaba con mayor ansiedad la aparición de la novela de Gonzalo Mendes Ramires, fundada sobre un hecho de su abuelo Tructesindo en el siglo XII y prometida para el primer número de los *Anales de Literatura y de Historia*, la nueva Revista de nuestro querido amigo Lucio Castañeiro, ese benemérito restaurador de la conciencia heroica de Portugal». Las manos de Gonzalo al desdoblarse los periódicos temblaban.

Esa noche, al recogerse á la Torre, Gonzalo encontró una carta perturbadora: era de María Mendoza. «Hasta esta mañana — decía — no supimos el gran peligro que corrió, quedamos *las dos* muy conmovidas; pero al mismo tiempo muy vanidosas de la bravura del primo. Es de un verdadero Ramires. Yo no voy á abrazarlo porque uno de mis pequeños, Neco, está muy constipado; felizmente no es cosa mayor; todos, ansiamos ver al héroe ¿Por qué no viene por aquí mañana á las tres? Dábanos un paseo por la quinta y hasta se merendaba á la buena y vieja moda de nuestros abuelos. Muchos afectos, *muchos*, de Anica, y créame el primo», etc. Gonzalo sonrió pensativamente. Nunca como entonces la prima le empujaba hacia doña Ana. ¡Ah!, ¿si fuese solamente hacia la alcoba? Pero era también

hacia la iglesia, y de nuevo sentía aquel vozerón de *Titó* junto á la portezuela verde, con la luna llena bañando los olmos negros:

— «Esa criatura tuvo un amante, y tú sabes que yo nunca miento».

Entonces tomó la pluma, respondiendo á doña María Mendoza: «Querida prima: Gracias por su entusiasmo. No exageremos. Yo no hice más que correr á bastonazos á unos bigardones que me asaltarán á tiros, hazaña fácil para quien tenga, como yo, un bastón excelente. En cuanto á la visita á la *Feitosa*, que me sería tan agradable, no puedo realizarla, con hondo pesar mío. Ando ocupadísimo con mi libro, mi elección y mi mudanza para Lisboa. La hora de los cuidados serios sonó severamente para mí, cerrando los días dulces de los paseos y de los sueños. Presente á la señora doña Ana mis profundos respetos, y con muchos recuerdos para usted y buenos deseos por el restablecimiento de mi querido Neco, espero me crea», etc. Cerró vagarosamente la carta, y poniendo su sello de armas sobre el lacre verde, pensaba:

— ¡Cómo me robó aquel campechanote de *Titó* doscientos mil duros!

Durante toda esa semana de fines de Septiembre Gonzalo trabajó en el último capítulo de su novela.

Era, por fin, la madrugada vengadora en que

los caballeros de Santa Ireneia, reforzados por las más nobles lanzas de la mesnada de los Castros, sorprendían en el bravío desfiladero á los de Bayao. Batalla corta, sin diestro y brioso terciar de armas, más semejante á una montería contra lobos que á una arremetida contra un hijodalgo. Así lo deseara Tructesindo, que se cuidaba más de atrapar á un asesino que de combatir á un enemigo. Antes de lucir el alba, el Bastardo marchara del castillo de Landim; cantaban ya las totovías cuando él penetró por ese barranco que llaman la *Sima del Moro*, en donde había de ser batido y apresado por los de Santa Ireneia. Foscas y tristes nubes melancolizaban la mañana de Agosto, y á la entrada del valle, bajo la enramada de un castaño, Tructesindo y don Pedro de Castro y García Viegas, el *Sabedor*, decidieran que muerte lenta se daría al Bastardo.

Contando la sombría emboscada con el esfuerzo de quien empuja un arado por tierra pedregosa gastó Gonzalo esa dulce semana de Septiembre. Ese final le molestaba. El tío Duarte en su poema apenas lo esbozara con esquiva indecisión, como noble lírico que ante una brutal ferocidad suelta un lamento, resguarda la lira y se desvía por sendas más dulces. Al tomar la pluma, también Gonzalo lamentaba que su abuelo Tructesindo no matase al Bastardo en el fragor de la batalla con uno de esos tajos maravillosos que para siempre retiene la Historia. Pero no,

que los tres caballeros combinaban con lentitud una agonía terrorífica. Tructesindo deseaba volver á Santa Ireneia y ahorcarlo delante de su Torre; D. Pedro de Castro aconsejaba que se extendiese al Bastardo amarrado sobre una angarilla, como puerco por Navidad, á los pies de Tructesindo, y que un caballero le chamuscase las barbas y después otro le sangrase el cuello lentamente.

— ¿Qué os parece, señor don García.

— Señores y amigos — contestó el *Sabedor* —, tenemos para el Bastardo muerte mejor en el *Pego de las Bichas*, y ni torcemos camino, que desde allí por Tordezello y Santa María de Varge vamos derechos á Monte Mayor.

Era aquel un lugar de eterno silencio y de eterna tristeza. En esmerados versos le marcara el tío Duarte la desolada aspereza:

Ni trino de ave en susurrante rama.  
Ni frescas flores junto al fresco arroyo.  
Tan sólo roca y matujal bravío,  
Y en medio el *Pego* tenebroso y muerto.

Y cuando los primeros caballeros, desde lo alto de un cerro, lo divisaron en la melancolía de la mañana nublada, enmudecieron asustados ante tan áspero yermo, propicio á brujas, fantasmas y almas en pena. Una barranquera ondulaba por entre gruesos pedruscos y tojo rastrero, y al fondo negreaba el *Pego*, como lámina de estaño

herrumbrosa por el tiempo y por el abandono. Tan pesado era el silencio y la soledad, que el viejo D. Pedro de Castro, hombre de tantas jornadas, se espantó.

— Feo paraje, y ¡voto á Cristo y á Santa María, que nunca antes de nosotros entró en él hombre redimido por el bautismo!

— Pues, señor D. Pedro de Castro — acudió el *Sabedor* —, por aquí se movió mucha lanza en tiempos del conde D. Suero, y en el de vuestro rey D. Fernando se levantaba una castellanía famosa, allá en la ribera. Mostraba en una orilla del pantano dos pilares de piedra que emergían del agua negra, y que el viento y la lluvia pulieran como mármoles finos. Un pasadizo de traviesas sobre estacas limosas y medio apodrecidas unía á la margen el más grueso de los pilares, y en medio de él pendía una argolla de hierro.

Don García Viegas desmontó, ordenando á seis de sus hombres que bajasen al Bastardo de la mula y lo desnudaran. Tructesindo encaróse con el *Sabedor*:

— ¡Por Dios, don García, que ahogar á ese villano es ensuciar esa agua!

— Sosegáos, sosegáos, que todavía conozco lo que es una venganza dura: ni ahorcado, ni degollado, ni ahogado, sino chupado; chupado en vida por las sanguijuelas que hay en esa agua negra.

— ¡Vida de Cristo! — exclamó don Pedro de

Castro — que tener en la hueste á don García es tener juntamente, para marchas y consejos, á Aníbal y á Aristóteles en un solo hombre.

Súbitamente, á un grito de don García, el cuerpo del Bastardo apareció desnudo. Algunos caballeros corrieron á mirarlo.

El señor de los Pazos de Argelin mofóse de él.

— Cuerpo de manceba sin costura de herida.

El Bastardo cerró los ojos, de donde dos gruesas lágrimas escaparon. El adalid de Santa Ireneia atronaba los cerros con su pregón agudo:

— Justicia, justicia que manda hacer el señor de Treixedo y de Santa Ireneia en un perro asesino; justicia en un perro hijo de perro que mató vilmente.

Tres veces pregonó por delante de la hueste apiñada en los cerros. Inmediatamente, á un mandato del *Sabedor*, el cuerpo de Lopo de Bayao fué metido en la laguna con cuerdas que amarraban á la argolla de hierro, tan seguro como un rollo de vela que se amarra al mástil. Entonces la atención de la hueste que esperaba gozando la humillada agonía del *Claro Sol*, más entristecía el silencio del yermo. En las crestas de las rocas, arqueros apostados por el *Sabedor* atalayaban hasta más allá de los descampados. Una grulla atravesó graznando. Después un vaho lento agitó las flámulas de las lanzas. Para despertar á las sanguijuelas, algunos peones tiraban piedras al agua lodosa. De repente el cuerpo del



Bastardo se estremeció, rompiendo en rugidos, ultrajes y amenazas contra toda la raza de los Ramires y contra el cobarde de Tructesindo. En el agua espesa palpitaban lúcidas y negras las sanguijuelas. Por el cuerpo del Bastardo corría la sangre lentamente.

— Muerte es ésta — decía el *Sabedor* alegremente — para contarse en libros, y no habrá este invierno en todos los hogares del Miño y del Duero quien no relate este hecho.

Se acercaba la hora de la ración meridiana. El áspero yermo se animó con aquella faena de campamento, y esparcidos por la sombra del arbolado, á la vera de un regato claro de donde sacaban agua, la mesnada comía con deliciosa lentitud. Convidado por don Pedro de Castro el viejo *Sabedor*, bebía una calabaza de vino, y sólo el viejo Tructesindo permanecía mudo delante de su pendón, entre sus dos mastines, ante aquel fiero deber de acompañar la agonía del Bastardo.

— ¡Por Dios! — dijo don Pedro de Castro — que tarda en morir el villano.

— Muriendo está, señor don Pedro — replicó don García —, y con el demonio al lado para llevarlo.

— Id á ver si resta aliento en aquella llaga.

— Muerto, muerto — gritó el caudillo volviendo de palpar la carne lívida.

Estaba muerto, y en algunos sitios relucían aún las sanguijuelas. Dos enormes colgaban de

una oreja. Otra tapaba un ojo. El *Claro Sol* no era más que una inmundicia que se descomponía, y sólo la madeja de pelo rubio relucía como un rastro de llama dejado por el alma ardiente que huyera.

El caudillo avanzó hacia el señor de Santa Ireneia, gritando:

— Está hecha la justicia que mandaste hacer en el perro matador que murió.

El viejo ricohombre clamó entonces á su vez, con una ronca amenaza que rodó por peñascos y cerros:

— Muerto está, y así muera de muerte infame quien traidoramente me afrente á mí y á los de mi raza.

